

ct

# Mariposa de pies descalzos

de  
Luis Quinteros

*(fragmento)*

*A todos los actores y técnicos que me han acompañado hasta acá en el camino de la construcción teatral. A Ecléctica Teatro, agrupación con nombre de mujer que siempre me reconfigura. A Marcelo Bertuccio por interpelar los primeros intentos de escritura de este texto.*

## INÉS

La circularidad del pasillo guía el recorrido hacia los palcos, mi cuerpo conoce de memoria la curva que debe seguir hasta el palco número veintiuno, el segundo del ala derecha, es uno de los que no se venden, por el ángulo de visión. Los palcos superiores uno y dos en el ala izquierda, así como el veintiuno y veintidós del ala derecha, se usan para los amigos de los bailarines, para los conocidos de los figurantes, para la familia de los acomodadores. Yo no invito a nadie, familia no me queda, no tengo amigos a los que puedan interesarles conciertos, óperas o ballets.

Mi lugar especial, así le digo al pasillo curvo del ala derecha, el contorno de la sala principal, la periferia bordeaux, acolchada, blanda que recorro cada día de función, en una intimidad casi infantil... Podría andar con los ojos cerrados o con las luces apagadas... Una especialista en moverme a oscuras y en silencio, eso soy. La alfombra esponjosa cubre el territorio por donde me muevo cada noche, cada velada. Ocasiones únicas. Dos semanas de ópera...

...porque en esta ciudad se acaba el público, no es como en las grandes capitales donde la gente abunda...

...eso le escuché decir el otro día a un violinista. Dos temporadas de ballet, una en la primera mitad del año y otra en la segunda. La orquesta sinfónica y el coro polifónico tienen presentaciones únicas, ¿ esporádicas, se dice? cada tanto, a veces, de vez en cuando.

¡Qué lástima! Pienso, tanto trabajo, tanto ensayo. Los músicos, los bailarines, los cantantes son empleados, igual que yo, cobran sueldo, pero tanto preparativo para tan pocos días... Como los grandes momentos que una espera vivir, se nos pasa la vida esperándolos y cuando llegan... una se queda así como si nada, dura, como diciendo, ¿ah era esto? ¿No se supone que era más?

¡Qué lástima! Pienso, una sala tan linda, tan grande. Un director famoso, que no voy a decir el nombre, porque no puedo. Soy una especialista en guardar secretos y también en custodiar objetos perdidos. Este señor, dijo algo así como que; bueno, él está acostumbrado a viajar, trabaja en La Capital, conoce grandes teatros del mundo... dijo:

Este teatro tiene una de las mejores acústicas de la región, comparable con los mejores de Europa. Este teatro del interior es uno de los mejores de Latinoamérica, es una reproducción a pequeña escala del teatro más grande de Buenos Aires.

A mí me emociona escuchar eso, perdón, voy a llorar... Lo que pasa es que estoy indispuesta, hace quince días que sangro, la ginecóloga dice que es parte de los síntomas previos.

*(Silencio)*

En estas ocasiones únicas siempre deseo desde lo más profundo de mi corazón que el teatro esté lleno, no solamente en los estrenos, sino en todas las presentaciones de “La semana especial”.

Cada día que llego necesito confirmarlo, acercarme a la ventanilla y preguntarle a Vicente, el empleado de la boletería ¿cómo estamos para hoy?... seriamente lo hago, con preocupación. Es emocionante llegar y no tener que preguntar nada porque está puesto el cartelito de “localidades agotadas”.

María Rosa, mi única amiga del teatro, la que me enseñó el oficio, me dice:

¡Qué te calentás, vos! si nosotros cobramos el sueldo igual, si se llena de gente es peor, más trabajo, los pies nos van a reventar de tanto ir y venir acomodando estúpidos que ni un billete te tiran, únicamente unas monedas miserables... con suerte. Para mí que en el Colón no pasa esto, en ningún teatro del mundo se deja sin propina a los acomodadores.

Yo no opino lo mismo, me gusta mi trabajo, es una ceremonia entrar por la puerta principal, el gran acceso del público, aunque después tenga que cruzar todo por adentro para marcar tarjeta. Me gusta bajar del colectivo, cruzar impaciente la avenida Vélez Sarsfield... no voy hasta la esquina como debería para usar la senda peatonal, sino que lo hago por el medio de la calle.

Cada tarde de mi vida me enfrento con el gran edificio... ¿Parece una iglesia no?... Yo no soy creyente, pero cada vez que esas columnas me miran del otro lado de la avenida tengo como una revelación. Pienso en los edificios que están desde siempre, como las iglesias y los conventos de nuestra ciudad. Aquí estaba este teatro cuando las calles eran de tierra durante el siglo pasado, desfilaron frente a su puerta todas las manifestaciones, las luchas, los reclamos, el humo negro del Cordobazo acarició sus paredes, muchas gotas de sangre mancharon los escalones de mármol blanco de la entrada. Este enorme edificio estaba cuando el centro se inundaba por la lluvia, antes de que La Cañada encauce el río Suquía. Justo arriba de la entrada, la escultura traída de Europa para la inauguración del teatro en mil ochocientos noventa y uno me recibe; pasaron más de cien años y allí están las tres figuras, la del medio me mira desde las alturas con los brazos abiertos, en su mano derecha una antorcha y en su mano izquierda una corona de laureles “bienvenida” parece que dijera y las otras dos a los costados acompañan el recibimiento tocando sus instrumentos, la de la izquierda mira hacia el centro de la ciudad y toca la lira y la de la derecha mira hacia el shopping que está pegado al teatro y tiene una trompeta o algo parecido. Podría jurar, asegurarles que suena, esa trompeta o corneta cuando cruzo la calle corriendo, suena.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis escalones subo, llego al descanso, giro lentamente mi cabeza hacia la izquierda y veo el cartel en la boletería “localidades agotadas”. Me sube como una convulsión desde el estómago, se me hace un nudo en la garganta y tengo ganas de llorar, mi cuerpo empieza a temblar desde los talones, pantorrillas, rodillas, muslos, estómago, pecho, brazos, manos y mejillas... ganas de saltar tengo, volver a la calle y frenar el tráfico y gritarles “localidades agotadas”... Me paralizó, me da un sofocón, toda esa excitación se incendia, ardo, me viene un calor de golpe en la parte de arriba de todo mi cuerpo. Recuerdo que es otro de los síntomas.

Vicente desde la boletería grita:

¿Estás bien Inés? ¿Querés que llame a tu jefe? Estás muy colorada Inés, tenés la cara roja ¿Qué son esas manchas en el cuello? ¿Te sentís bien? Me estas asustando ¿Te acerco un vaso de agua? Inés, Inés... Inés.

Escucho mi nombre sin poder entender del todo. Levanto el brazo izquierdo para que Vicente deje de gritar, después me calmo, respiro, me recompongo y entro al teatro. Antes de atravesar el hall principal dejo caer la cartera, el calor de mi cuerpo no baja del todo, lo voy soportando de a poco, me desanimo, decaigo. En general a esa hora no hay nadie porque todos mis compañeros entran por la otra puerta, la del costado, por la calle menor. Me sacó los zapatos sin agacharme y los dejo caer, luego camino por el piso helado, subo los cuatro escalones blancos de mármol anteriores al descanso del acceso principal a la platea. Cuando voy subiendo la escalera, mi cabeza gira hacia la derecha y no me veo reflejada en el espejo dorado, dudo de mi existencia, no estoy segura de que ese momento sea real. Cuando mi frente se apoya en la columna izquierda de la arcada anterior al descanso y siento el frío del mármol, confirmo que sí es de verdad todo lo que está pasando.

Termina de bajar la temperatura, me doy cuenta que me hice pis ¿Podrá ser un síntoma? me pregunto. Caen lágrimas calientes, otra señal de que estoy viva. De a poco dejo de abrazar la columna. A pesar de sentirme sucia, me repongo, me acomodo, respiro, miro un lado y otro del hall, no hay nadie... en realidad sí, siento algunas miradas pero esas no tienen voz... escucho algunos murmullos, camino hacia atrás volviendo sobre mis pasos, estoy algo desconcertada, me doy cuenta. Conozco cada centímetro del teatro, un detalle que esté fuera de lugar me pone alerta, avanzo de espaldas para tener una vista panorámica y ¡crac! Mi cola choca contra los barrotes

dorados de la puerta cancel abriéndola apenas. El ruido de la calle entra de repente, un bocinazo me perfora los tímpanos y caigo al suelo. Todos mis sentidos se agudizan: el olor de las baldosas, el chillido punzante del vaivén de la puerta que me aturde hasta detenerse, los murmullos de las voces que más de cien años pisaron ese hall, el frío que recibe mi oreja izquierda del piso, mi respiración agitada y el corazón que golpea contra mi pecho por dentro doliéndome hasta la garganta en cada palpitación. Estoy toda mojada de transpiración y de pis, tiemblo por los escalofríos... recuerdo que es otro de los síntomas. Con la visión invertida alcanzo a ver una caja de cartón asomada detrás de la columna derecha, sobre el descanso anterior de acceso a la platea, eso es lo que desencaja, me doy cuenta. Luego me incorporo y sentada en el piso me aseguro de estar viendo bien y que esa caja no sea inventada por los síntomas. Está ahí, no hay dudas, me digo entre susurros... me pongo de pie, ya no estoy mareada pero siento una rareza en la cabeza, me acomodo el pelo húmedo de transpiración, me coloco los zapatos que están tirados en el piso y tomo mi cartera, miro de un lado a otro asegurándome de que no haya nadie, el sonido de mis pasos retumban en el ambiente... uno, dos, tres, cuatro escalones antes del descanso... vuelvo a mirar para todos lados y me detengo en la caja, espío adentro y veo los programas de mano, tomo uno con delicadeza, el pulso me tiembla a medida que lo voy subiendo hasta la altura de mis ojos, la cantante japonesa de la foto me mira, mi rostro emocionado se refleja sobre el brillo del papel, no me reconozco.

*(Silencio)*